

D. DOMINGO DEL MONTE.

EPÍSTOLA

Á ELICIO CUNDAMARCO, POETA AMERICANO.

Desde la triste margen de este río,  
Do su alcázar ostenta, y los blasones  
De su arruinada gloria el castellano,  
Tu errante amigo, de su Cuba ausente,  
Salud, amor y el corazón te envía.  
Sí, manda el corazón al caro Elicio;  
Á Elicio, encanto de la Musa indiana,  
Ya benigno le preste su dulzura,  
Del alma al expresar el tierno afecto,  
Ya en pulsando la cítara sonora  
Con américo plectro armonioso,  
Amor de patria inspire y de honra y gloria  
Al índico cantor..... ¡Dado me fuera  
Alzar así mis tonos abatidos!  
Por invencible espíritu inflamado  
De ansia de fama y de celeste fuego,  
¡Cuál dijera los timbres inmortales  
Del orbe de Colón!... Tú, sacra Historia,  
Á mis ojos rasgando los oscuros  
Velos que esconden su primer origen,  
Del Inca santo, del feroz Azteca  
Los anales confusos me enseñaras;



Las riquezas, el culto, el poderío  
De imperios tan pujantes revelando,  
En mi loor los himnos entonaran  
Del Ecuador, del Trópico á porfía  
Las dulces colombiánidas beldades.  
Luego en negro laúd, con graves cuerdas  
Que del dolor la Musa inspiraría,  
De la aurífera Haití, de Cuba hermosa  
El caso acerbo lamentara, y cómo  
El crudo vencedor segó las vidas  
Del humilde, sencillo, inerme pueblo.  
El ronco sollozar rompiendo el canto,  
Del grande Hatuey la sombra aplacaría,  
Y no nos maldijera—antes la injuria  
Atroz de nuestros padres olvidara,  
Y al ver del español llorando al hijo,  
Benigno el mártir su perdón nos diera.

¡Mas no! que el Señor Dios el estro santo  
Negóme, y nunca prez alcanzar puedo,  
Prez ansiada de gloria, concedida  
Sólo al *Poeta*.—En instrumento humilde  
Acompañar la simple cantinela  
Del morador de Cuba, y sus costumbres  
Campestres retratar—éste es mi canto.  
La patria le inspiró, no el grande ingenio.  
La patria, que inspirar también debiera  
A cuanto cisne en sus orillas cría  
El Almendares nuestro. No humilladas  
Así se vieran las cubanas Musas,  
Vistiendo, en vez del opulento arreo  
Con que plugo á natura ataviarlas,  
De la ignorancia el miserable andrajo  
Con que sus miembros cándidos afean:—  
No en torpe, insulso, estrepitoso verso  
La majestad del canto profanaran;  
Ni—en vez de alzar á generoso asunto  
De inspiración en pos el alma audace,  
Do virtud y valor, ciencia, armonía

Felices encontraran;—humilladas  
Cual ahora se humillan ¡oh vergüenza!  
Escarnio vil de estúpidos Mecenas,  
Ni del pueblo baldón sus rimas fueran.

Tú serás ¡oh mi Elicio! el escogido  
Á restaurarlas, Su nativo orgullo,  
Su noble dignidad, su ilustre intento,  
Tú, sabio les darás;—que ya no en vano  
El vate excelso que de *Heredia* el nombre  
Hizo famoso en Cuba y Tenoxtitlan,  
*Solemne cantor nuestro* te llamara.—  
Tu lira apresta, y á la luz inmensa  
Que en la encendida zona el sol derrama;—  
Á fuer de un Dios sentado en la alta cima  
Del más alzado risco;—dominando  
De la Antilla mayor el fértil suelo  
Y del Caribe mar las recias ondas—  
Las cuerdas vibra, y de entusiasmo ardiente  
Y de sublime inspiración henchido,  
Al aire suelta el verso numeroso  
Con voz robusta y con sonoro acento.

.....  
.....  
Al escucharte, atónita la patria  
Entre orgullo y placer, dirá: «Tú eres,  
Tú, mi Poeta», y de inmortal corona  
De palma indiana y de laurel eterno  
Tu frente ceñirá radiante y bella.

SU VOZ.

¡Oh són! ¡Oh voz!  
*Fray Luis de León.*

¡Canta! dijeron, y empezó su canto.  
¡Ay! no más grato en la morada eterna  
Suena á los justos el concierto santo,



Cual resonó en mi oído  
De amor embebecido  
La no incógnita voz, melosa y tierna.

Sentí agitarse blandamente el alma  
Cual de un lago el cristal de brisa al soplo,  
Que manso ondea y permanece en calma.  
Por mis venas corrió calor divino,  
Y el corazón sin tino,  
Recordando, al oír tan dulce acento,  
Del ya perdido bien la antigua gloria,  
En otro igual momento  
Palpitó—suspirando á tal memoria.

Antes su voz el eco no buscaba  
De ningún corazón, mas que del mío:  
El mío sus cantares aprobaba,  
Y la cadena celestial oculta,  
Que en simpático nudo nos ataba,  
Trémula al escucharla, respondía  
De amor al movimiento,  
Que en su pecho al cantar, ella sentía.

No más ya oiré su voz: su dulce acento  
Ora sólo me inspira  
En vez de triste y plácida ternura,  
Angustiado dolor, cóngoja dura.  
Mas siempre la he de amar:—siempre en mi lira  
Á imitar probaré sus blandos tonos....  
Si es dado á humana voz, manos mortales,  
El concentero divino  
Imitar de los coros celestiales.

D. ABIGAÏL LOZANO.